

FINAL DE ETAPA
Y NUEVAS PERSPECTIVAS

AGUSTÍN PEDRO-PONS
PEDRO LAÍN ENTRALGO

CONVIVIAM, revista universitaria, se complace en reproducir el discurso de ingreso en la Academia de Medicina de un ilustre maestro de nuestra Universidad, el profesor don Agustín PEDRO-PONS, y la contestación a este discurso del profesor P. LAÍN ENTRALGO, en acto celebrado el 18 de marzo de 1969.

*Excmo. Sr. Presidente,
Excmos. Señores Académicos,
Señoras, Señores:*

Toda obra humana, como la vida de cualquier hombre, es susceptible de ser presentada en capítulos o etapas. Deliberadamente he escogido en la solemnidad de esta tarde, la mía propia, por considerarla en el momento presente como final de una larga etapa de mi existencia; de un largo camino recorrido sin desfallecimientos y bajo el signo de la continuidad; esta última consideración — la continuidad en la misma senda y en la obra elegida — es la que a mi entender supera en importancia a toda otra consideración. El hombre debe elegir, cuanto antes mejor, el sendero por donde dirigir sus pasos, columbrar la meta de su propósito y seguir hacia ella sin vacilación, con paso seguro, sin rectificaciones. He visto truncarse bellos propósitos y esterilizarse la obra comenzada por abandono prematuro de la misma, por cansancio y por falta de fe en ella; volver sobre sus pasos y otear nuevos rumbos, puede verificarse sólo en los años de nuestra primera juventud; hacerlo más tarde es peligroso; el trasplante de un árbol es de resultados tanto más precarios, cuanto mayor es.

Considero que si debo destacar en mi vida una circunstancia positiva, ésta es la continuidad en la dirección de mi trabajo, la senda escogida desde mis primeros años.

* * *

Antes de proseguir mi disertación debo explicar el motivo de la elección del tema. Desde un principio abandoné la idea de tratar un asunto propiamente médico. El profesional maduro es cada vez más consciente de sus propias limitaciones. Trazar una vasta síntesis de problemas más o menos conocidos, me pareció indelicadeza ofrecerlo a una selección de Maestros y Universitarios como la que hoy se ha congregado; ofrecer la

experiencia propia, acerca un punto de vista personal, me pareció peligroso y vano. En fin, me sentí cohibido y por el respeto que merece esta Corporación — coto y solar del Instituto de España — elegí un tema que fuese como una confesión íntima, un relato de páginas vividas, y que a la vez será una presentación del que desde ahora tendrá el honor de sentarse entre vosotros para compartir las altas tareas de la Corporación.

II. GRATITUDES. SIMBOLISMO DE LA CEREMONIA DE HOY

No quiero seguir sin expresar mi agradecimiento a todos ustedes; al Sr. Presidente, al Sr. Secretario y a cada uno de los Sres. Académicos que tuvieron para mí lo más digno de ambicionar: la consideración y la benevolencia para un Hombre y su Obra, que si alcanzó en ella un estimable nivel lo debe a los no cortos años con que la Providencia se lo ha permitido. No ha sido la mía una obra truncada, sino completa, y si no alcancé a más, fue por mis limitaciones y no debo quejarme de la escasez de medios con que conté, porque ello no es condición exclusiva de mi caso, sino pobreza general de la Universidad española, en la que sólo cuenta el valor del Hombre y es obvio resaltar la penuria de medios con que uno debe desenvolverse.

Llevar a término una obra en tales condiciones ha sido, hasta nuestros días, labor desinteresada y vocacional de quien sacrifica sus mejores horas y trabaja como el artesano que se vale de toscas herramientas y que todo debe confiarlo a su destreza y a la valiosa cooperación de los que se formaron a nuestro lado.

Hace pocos meses tuve que dejar mi puesto de trabajo por imperativo de una ley, que es justa y humana en su concepción, pero a veces no tanto en su aplicación concreta. Aspecto bifronte que toda ley presenta; la ley se ha hecho para los hombres y es buena; pero la ley ha de aplicarse a un hombre y entonces no siempre es lógica una ley de jubilación. La ley hasta un cierto punto prejuzga, pero no juzga. En ello consiste la dificultad de su aplicación. Prejuzga que todo hombre, alcanzada una determinada edad, está quemado y poco apto para seguir ejerciendo aquello que en un día más o menos lejano mostró su capacidad; como si la naturaleza procediera a saltos, la jubilación ocurre sin matices, sin transición de un día para otro, como se cae en un abismo sin fondo, como una noche que se cierra sin crepúsculo.

En este momento y por la fuerza de las circunstancias a que he aludido, considero cerrado un capítulo de mi vida, con seguridad el más largo, con probabilidad el más fecundo.

Pero el hombre se resiste a dejar su obra; una obra literaria tiene principio y fin, la de un científico no. No tiene principio porque es continuación de las elaboradas anteriormente por sus predecesores, no tiene fin porque sus límites son el infinito.

Nuestra obra es siempre perfectible y a ella nos agarramos sin saber abandonarla; es trasunto de nuestra propia existencia, que no dejamos

por propia decisión. Esto ocurre de manera especial, cuanto más amor y entusiasmos pusimos en nuestra labor; Vicente LÓPEZ, pintando el retrato de GOYA, no sabía darle fin, hasta que el modelo, cansado de posar y mirando su propia efigie, simuló un paso de muleta y consideró terminada la tela.

Ello suele ocurrir en una obra concreta, pero no en la obra global de un hombre; Vicente LÓPEZ se quedó con los pinceles en la mano y siguió pintando. A un médico, a un Profesor le ocurre lo mismo.

No se puede renunciar a lo que tanto se amó; dejar nuestra labor es cometer una infidelidad, es renunciar a la compañera de siempre, sería una vitudad aceptada y perpetrada por nosotros mismos. Por esto de una forma u otra la actividad profesional debe acabar cuando termine nuestra vida; a cada uno de nosotros el final nos sorprenderá en el ejercicio activo de nuestra tarea.

Simbólicamente la ceremonia de hoy cierra para mí un final de etapa y abre el comienzo de otra que durará lo que designe la Providencia.

III. EL CENTRO Y LA PERIFERIA

Un significado de gran alcance tiene el acto de hoy: la consideración y el homenaje de la España del centro a la otra España, la regional. Un centro que no sepa integrar los valores dispersos por nuestras tierras, no sería centro, sino islote solitario. Centralizar es atraer, sumar y engrandecer el acervo cultural hispánico; no significa encerrarse en sí mismo, ni trazar fronteras en lo que no las tuvo nunca: el pensamiento humano y la obra científica o la literaria. Merece plácemes esta Real Corporación por este gesto expansivo y amistoso a los demás pueblos de España, al margen de la persona elegida en el día de hoy para ostentar tal representación.

Considero que con ello las Academias serán genuinamente nacionales y no una más, limitada a ser representación regional o de distrito.

La Academia Nacional de Medicina es un senado, en el que caben representaciones de la España una y múltiple a la vez, y en la que deben sentirse en sus sesiones las voces, con las singularidades de acento y fonética de los distintos distritos de nuestra Patria. Esta labor de integración conjunta es la que realizará la auténtica unidad de la Nación, evitando la disgregación que supone ignorar lo que ocurre en el cercado ajeno. Hay que romper las vallas discriminatorias de los distintos pueblos de España y lograr que nuestras manos se tiendan hacia una gran labor nacional común, compatible con el respeto que merece la personalidad indeclinable de cada grupo étnico.

IV. EL SILLÓN VACANTE

Si trazamos la historia de cada sillón académico, veríamos ocuparlo sucesivamente por hombres de mérito desigual. Hay sillones en todas las corporaciones que deberían ser declarados perpetuamente vacantes cuando se

produce el traspaso de la figura egregia que lo venía ocupando; ahora se me ocurren los nombres de RAMÓN Y CAJAL, de Gregorio MARAÑÓN y el de JIMÉNEZ DÍAZ. Acerca de este último, al que por veleidades del destino vengo a suceder, yo por mi parte lo declaro vacante.

Al acercarme al sillón que dejó vacío Carlos JIMÉNEZ DÍAZ, me invade un sentimiento de escrúpulo, que no es sino la expresión de humanidad del que sabe que no son sus méritos, sino las circunstancias que le obligan a sentarse en él; en esta ocasión no puedo dejar de evocar la figura del Maestro. Cumplen ahora 44 años, que los avatares de una oposición me enfrentaron con JIMÉNEZ DÍAZ; ello ocurrió en diciembre de 1925, con ocasión de las oposiciones a una Cátedra de Patología y Clínica Médica vacante en la Facultad de Medicina de Madrid. El tribunal lo constituía GIL CASARES, RODRÍGUEZ FORNOS, Agustín DEL CAÑIZO, REDONDO, y SIMONENA en función de presidente. El gran anfiteatro de la Facultad de San Carlos era insuficiente para contener al público asistente; una de las razones era que opositaba Carlos JIMÉNEZ DÍAZ, que desde su Cátedra de Sevilla deseaba acceder a la de Madrid; él tenía entonces 27 años. Su figura menudita, su voz opaca y de eco profundo, el rictus torcido de su boca cuando hablaba y la movilidad que imprimía a su mano derecha engrandecían su figura cuando disertaba. Oyéndole experimenté por un lado una sensación de pasmo ante su desbordante erudición y por otra me invadió un sentimiento de desconuelo y de inhibición. Hacía falta mucho temple para actuar después de JIMÉNEZ DÍAZ; el público estaba pendiente de su disertación y también de la de ENRÍQUEZ de Salamanca; los demás éramos poco más o menos lo que en argot teatral de ciertos espectáculos frívolos, se llaman teloneros.

Como ocurre en tales circunstancias, en que la pasión está por encima de la equidad, la Cátedra quedó vacante; poco después la ocupaba JIMÉNEZ DÍAZ por concurso de traslado. Desde el primer día que ocupó la Cátedra de Madrid, la influencia del Maestro se dejó sentir; la investigación se reflejó en los "Anales" de su Clínica, que, en forma de libro, aparecían con cierta periodicidad; más tarde fundó la "Revista Clínica Española"; sus lecciones de Cátedra, dotadas de la gracia de la espontaneidad, fueron recogidas en apretados volúmenes, en donde fluían conceptos, puntos de vista originales y que invitaban a la reflexión.

En contraste con la obra escrita, y superándola en interés y trascendencia, están sus realizaciones, como la fundación de la Clínica de la Concepción, primer centro hospitalario de España de índole privada, en la que se conjugan la labor asistencial con la docente y la investigadora.

El genio atrae por su luz propia a las generaciones ávidas de formación y de cultura, despierta vocaciones, crea, en suma, la Escuela, cuya continuidad y permanencia quedan aseguradas tras la desaparición de su creador. La obra humana de JIMÉNEZ DÍAZ la coloco por encima de la que dejó escrita, ésta se marchita en poco tiempo por su misma esencia y transitoriedad; mientras que la permanencia de la Escuela ofrece frutos más duraderos, porque ella es por naturaleza viva y adaptable a los nuevos cambios que se ofrecen en el campo de las ciencias médicas.

Como un gran artista, supo modelar con sus propias manos a los discí-

pulos, transformando la masa amorfa del alumnado en figuras vivas, a las que comunicó, con soplo vital, el afán de superación que luego se convirtió en esta pléyade de maestros que difunden por todo el ámbito del suelo español, el espíritu y la cultura del Maestro.

Si el sillón ha quedado vacante, la obra de JIMÉNEZ DÍAZ no ha caído en el vacío, porque la dejó en las manos de sus más íntimos colaboradores que aseguran su vigencia y continuidad.

V. EL DESEO DE SOBREVIVIR

Vuelvo de nuevo a mi argumento. El final de una etapa no significa el de una obra, sino nueva apertura a realizaciones ulteriores.

Un intelectual no debe renunciar a lo que es razón de su existencia.

La Universidad en este momento me ha hecho sentir mi condición de funcionario y es por tal motivo que debo abandonarla forzosamente. Ello choca con mi carácter independiente, que se había sentido libre hasta ahora.

Admiro a los intelectuales, a los artistas, que pueden ejercer libremente sin escalafones ni control; al pintor, que trabaja en sus telas sin limitación de edad; al escritor, al que nadie pone límites a su labor. ¡Os imagináis a cuántas obras hubiéramos renunciado, de licenciar a nuestros escritores e intelectuales por haber alcanzado una determinada edad!

Admitamos que la labor de un científico es distinta por ser compleja y cambiante. El literato guarda invariable el estilo que le es propio. Un profesional universitario debe poner constantemente sus conocimientos al día. Una ciencia es un océano, que desafía la inmovilidad, sometida a un constante flujo y reflujo.

La mente del intelectual no es como la sensibilidad del artista; cada día que vive es distinto al anterior y le guarda una sorpresa.

En esta constante movilidad de nuestros conocimientos, el hombre de ciencia debe entregarse a un ejercicio mental difícil como el que más: debe aprender cada día y debe saber olvidar al mismo tiempo lo que aprendió.

Cada mañana al despertar hemos de refrescar nuestros ojos con la linfa que borra conocimientos periclitados y así mantener nuestra mirada viva y vigilante.

¡Qué difícil es desprendernos de cuanto aprendimos con tanto esfuerzo y que constituyó nuestro prestigio, nuestro capital cultural! El joven planta sus conocimientos sobre una tierra virgen; para los hombres maduros el trabajo es doble; consiste en arrancar parte de lo sembrado y preparar cada día el terreno para cultivar una simiente nueva; y ello en tierras cansadas, agostadas, por anteriores cosechas.

La madurez proveya trae consigo la reducción progresiva de la facultad de adaptación a lo físico, a lo político, a lo intelectual. Sobrevivimos a nuestra época, que lentamente va desapareciendo, dejándonos un eco de nostalgia inextinguible; sobrevivimos a unos conocimientos que defendimos en la Cátedra, en las Academias, y que fueron lábaro de nuestro tiempo. Gran parte de ello hay que arribarlo y vivir perpetuamente con deseo

de perfección y con el dramático esfuerzo de “ponernos al día”, como si ello a su vez fuese algo definitivo, sino también materia caduca que se agostará en un plazo cada vez más corto; se marchitará antes de lo que ocurría en nuestra época, en que el ritmo de los progresos era más lento y los conocimientos tenían una validez, si no permanente, sí más duradera.

Renacer de las cenizas de lo caducado es angustioso, pero es lo que mantiene tenso nuestro espíritu como el músculo del atleta atento para dar el salto.

Aquí radica en parte la aficción de dejar la Universidad, y con ella el estímulo que supone el trato con los jóvenes, que sienten alegría y fe en aprender, mientras que para el Maestro es angustia y desconfianza la que siente ante muchas novedades y progresos.

El contacto con la juventud es vivificante y a la vez evita el inmovilismo, que es de lo peor que puede adolecer un intelectual.

En la cúspide de nuestra actividad universitaria, cuesta más aprender, pero también se afina nuestro juicio crítico y nos pone en guardia acerca de prematuros entusiasmos.

Cuando llega la hora del relevo, algo en nosotros se revela; nos invade, con el estremecimiento de lo inevitable, una voluntad de renacer que es la expresión del deseo de sobrevivir.

VI. LAS ESCUELAS: MAESTROS Y DISCÍPULOS

El Profesor universitario tiene una misión esencial a cumplir: transmitir su saber, enseñar. El Catedrático es elegido para que enseñe; esto que es obvio en ocasiones conviene recordarlo.

Una Cátedra ha sido, para algunos, tribuna de exhibición y menos mal si ésta sirve para lucir conocimientos sólidamente asentados y las lecciones son asiduas.

Si el Profesor universitario se interesa por la formación de sus oyentes, logrará transformar al alumno en discípulo, que es el logro más elevado del que enseña.

Cuando llega a formarse, con tiempo y tesón, un núcleo importante de colaboradores, entonces se ha logrado formar Escuela y el Profesor se convierte en Maestro, que es el grado supremo en la jerarquía de valores a que puede aspirarse. Maestro no es un título universitario, puede serlo quien está fuera de ella y se puede negar a algunos que integran la Universidad.

Un Profesor puede ser brillante y erudito y no lograr formar Escuela; sus lecciones se pierden con el eco de sus palabras. Un Profesor puede tener escasos medios oratorios, aparentar maneras y formas modestas y saber transmitir su espíritu vocacional a los que le rodean y lograr que le sigan en su labor de Magisterio, que es una forma de Apostolado.

Lo que distingue y explica ambos tipos de educadores son consecuencia de estar o no en posesión de algunas condiciones, éstas son: la vocación

auténtica de Magisterio, la personalidad del Maestro, el poder de captación y la generosidad. Comentemos estas cuatro proposiciones.

La vocación profesional es la primera; hay catedráticos con deseo auténtico de formar escuela; otros sienten indiferencia y en fin existen, como Saturno, los que son capaces de devorar a sus propios hijos.

Un Profesor que no consiga formar escuela fracasa en la misión para la que fue elegido. La esterilidad de una Cátedra es un baldón que delata la ineficacia del Profesor. En la labor de un Maestro es mucho más importante el trabajo que sabe inspirar a los demás, que el suyo propio. En esta época en que el trabajo científico no es casi nunca obra de un solo hombre, sino labor de conjunto—en que no se sabe exactamente quién puso más—, no se concibe un Maestro autor exclusivo de sus publicaciones. En la concesión de un premio Nobel se galardona habitualmente no a un hombre determinado, sino a un grupo de investigadores que llevaron a término una labor colectiva.

La ausencia de vocación explica que hombres muy preparados realicen una labor negativa y estéril, mientras que otros Maestros al parecer menos dotados logren formar equipos de trabajo servidos por hombres muy calificados.

La Escuela y los discípulos no siempre son parejos con la condición intelectual del Maestro. Existe en todo Magisterio algo semejante a la fuerza ciega de la paternidad. De padres de corto alcance han salido hombres dotados de notable capacidad intelectual, y, al contrario, es frecuente comprobar la mediocridad de los hijos de varones preclaros.

El Profesor es un sembrador que con gesto pródigo echa la semilla a voleo; luego es la calidad de la simiente y la de la tierra las que proporcionarán la calidad del fruto.

En la perfección de una Escuela hay mucho de providencial; el tener buenos o malos hijos, el tener buenos o malos discípulos, no siempre debe achacarse a la condición del padre y del Maestro; en el redil de una familia o de una Escuela salen ovejas negras o blancas sin saber cómo.

Si en lo malo no siempre interviene el Maestro; en el redil de una familia o de una Escuela salen ovejas negras o blancas sin saber cómo.

Si en lo malo no siempre interviene el Maestro, también hasta un cierto punto es ajeno, cuando surge de la labor universitaria una personalidad egregia.

Es en gran parte obra del Destino y de circunstancias por completo ajenas a nosotros mismos lo que explica que se obtengan logros tan dispares.

El genio y el talento nato hallan por instinto la manera de manifestarse; ello ocurre con independencia de la tutela profesoral y hasta del ambiente.

De la Universidad filipista de Cervera, enorme caserón que mandó construir aquel monarca, Felipe V, en medio del descampado de la comarca leridana de la Sagarra, era conocida la mediocridad del Claustro que la constituía. A pesar de ello, de la Universidad de Cervera salieron celebridades; lo que significa que no hay valla que se oponga a la manifestación del genio, y que éste brota lo mismo en las grandes Universidades, que en Facultades pueblerinas como la de Cervera. El genio se manifiesta con inde-

pendencia de los Maestros y aun en determinadas circunstancias a pesar de ellos. La prueba es que de Cervera salieron hombres insignes como MONTURIOL, el inventor que construyó el primer submarino, el "Ictíneo", botado al agua en el puerto de Barcelona en 1859, con el que efectuó 54 exploraciones submarinas; el invento y realización de MONTURIOL, que no era ingeniero, ni marino, ocurrió muchos años antes de que Isaac PERAL en 1884 llevase a cabo obra parecida. Esclarecidos varones fueron asimismo Próspero DE BOFARULL, cronista de Cataluña; TORRES AMAT, traductor y editor de la Biblia al español; salieron de Cervera filósofos y literatos como Jaime BALMES y MILÁ Y FONTANALS.

Entre los médicos, que en parte deben su formación a la Universidad cervariense, destacamos al anatomista Antonio de GIMBERNAT y a Cosme ARGERICH, tan conocido y ensalzado en la capital del Plata.

El Maestro tiene una alta misión bien concreta: crear discípulos, pero es ajeno a la formación del genio, que es una cuestión de cromosomas.

Que ningún Maestro se vanaglorie de contar un hombre genial como discípulo, que nadie tampoco se avergüence si le salieron hijos tontos; de lo uno y de lo otro no se es responsable.

La personalidad propia de cada Maestro es la segunda condición del que enseña. Ésta se expresa por su poder de atracción, por su repercusión en el medio social y finalmente por su éxito profesional. Esta última circunstancia atrae al alumno, que quisiera desentrañar los entresijos que llevan por el camino del triunfo. Sentir y proclamarse que se trabaja en contacto diario con una personalidad célebre y popular atrae a los adolescentes, ávidos en su futura gestión de gloria y de provecho.

Parte integrante de la personalidad del que enseña, lo constituye el entusiasmo. No siempre éste revela la categoría del Maestro; pero no es menos cierto que aún con pobreza de expresión verbal el entusiasmo es elocuente; el hombre que habla convencido, convence a los demás. El entusiasmo es contagioso y crea adeptos; pero no siempre es un valor auténtico. MIRABEAU, en una sesión de la Convención, interrumpió un discurso de ROBESPIERRE exclamando: "¡Este hombre irá muy lejos porque se cree todo lo que dice!" Cuántas veces hemos pensado lo mismo oyendo a ciertos conferenciantes demasiado crédulos o audaces.

El poder de captación han de cultivarlo los que enseñan. Esta cualidad antropognósica consiste en saber valorar aquellos hombres con talento y vocación que se disponen a nuestro alrededor. Separar de entre ellos los aduladores, al ambicioso de provechos fáciles, al soñador de buena fe pero desprovisto de condiciones intelectuales, y saber escoger aquellos pocos que reúnen el conjunto de condiciones promisorias para alcanzar las cimas del saber, requiere un innato sentido de la condición humana. Encomendar a cada uno aquello para lo que está mejor dotado, tiene la ventaja de lograr una selección en la que no se desperdician por una ley ciega del todo o nada elementos que bien aprovechados serán muy útiles.

Las piedras sillares en que se apoya una escuela, están representadas por la grey estudiantil que forma los estratos inferiores, sin los cuales el edificio se tambalea falto de base.

Un criterio selectivo y realista debe informar al que dirige un equipo médico. No desdeñar a los hombres modestos, sufridos y trabajadores de los que se aprovechan no pocas veces los más inteligentes, que en parte viven del trabajo ajeno. En mi experiencia debo proclamar que he sacado más partido y provecho de los primeros que de los últimos. Sin el estado llano, no puede apoyarse ningún régimen, ni asentar ninguna Escuela; en una Escuela no todos deben ser sabios, como en ninguna Institución no todos serán directores.

Enseñar es una forma de gobernar. Una Escuela es como un Estado y el buen Maestro tiene que ser un buen gobernante; es oportuno recordar algunas definiciones de los que se ocuparon del arte de conducir a un pueblo. La política, decía Carlos XII, es mi espada; es el arte de engañar, pensaba MAQUIAVELO; sólo una dama cuyo nombre siento no recordar, afirmaba que era el medio de gobernar los hombres con la prudencia y la virtud. HUGO apostilló estas tres definiciones: como la de un loco la primera; la segunda la de un pillo; sólo la tercera merece ser reverenciada; esta última, añado yo, es la que debe constituir el emblema de un jefe de Escuela.

Creo finalmente que la condición esencial del que enseña es la generosidad. Sin poseer esta cualidad se tendrán muchos desengaños. El Profesor universitario tiene la misión de enseñar por encima de todas las demás, pues para esto ha sido elegido; ésta es la única exigencia a la que debe responder ante su conciencia sin excusa alguna. El enseñar debe prodigarse como hacemos el bien, sin mirar a quién. No debe enseñarse al amigo, porque lo es, sino a cuantos se acerquen a nosotros, entre los que en su día descubrirá también el Judas que le marcará con su beso.

Esta generosidad es la condición sublime y propia de un gran Patrón, superior en ello a la condición del Padre; éste siente como un deber la responsabilidad que le impone el sacrificio y el amor hacia el hijo. El Maestro enseña a quien no conoce y le da lo que no siempre puede el Padre; una personalidad sin la cual nuestra vida poco representaría.

Ante el Padre uno debe inclinarse, ante un gran Maestro, arrodillarse. Porque este último, sin ninguna trabazón ni ley biológica que le obligue, nos hizo herederos de una cultura, que es un caudal que nunca se pierde; modeló el carácter de sus discípulos, desarrolló su personalidad, creó en ellos una conciencia y un estilo de vida y les orientó en el camino arduo y difícil de la profesión.

Y todo ello es demasiado importante para hallar moneda con que pagarlo. Hay cosas tan elevadas y sublimes, que sólo pueden pagarse con simbolismos y sentimientos: el reconocimiento y la gratitud.

Esta moneda más preciosa que el oro, por ello es también la más rara. Es deprimente comprobar que al Maestro se le quiere como a un hombre de Gobierno: mientras detenta el Poder. Pero cuando el cetro abandona sus manos, a veces se le sigue honrando, pero otras veces no; entonces es frecuente comprobar cómo a la consideración de la que fue merecedor le sigue el vilipendio, y las nuevas generaciones le consideran como un valedurario intelectual.

Éste es el Gólgota de no pocos Maestros: sentir el desdén, el olvido o la

maledicencia de aquellos — a veces los mejores — que él contribuyó a formar.

La mano cálida y generosa la hallará casi siempre entre los humildes, aquellos que muchas veces ni siquiera recordamos; la gratitud se recibe de aquellos que poco nos deben.

* * *

Esta postergación del viejo Maestro halla en parte su explicación en los avances y progresos que experimentan las técnicas en cualquier profesión. No solamente estos progresos, sino la base conceptual y la doctrina en que asentó nuestro saber, han cambiado.

Al Profesor debe exigírsele poner sus conocimientos al día; para ello tendrá que destruir parte de las nociones que aprendió; y sobre este material de derribo edificar nuevos conceptos y elevar las modernas adquisiciones. Es más difícil este trabajo de demolición y construcción combinados, que edificar en terreno virgen las nuevas estructuras. La readaptación es más compleja y no deja de tener un aire trasnochado la que se lleva a cabo; en cambio, una creación nueva desde los cimientos es más homogénea, airosa y aparentemente más sólida.

Cada generación se aúpa sobre la precedente, lo que significa que las nuevas generaciones parten de un nivel más elevado que las anteriores; por ello en el terreno de las ciencias, cada promoción aparenta ser superior a la anterior por que arrancó desde un principio de un nivel más alto

Este ribete de amargura del final de la etapa de un Magisterio, es lo que acentúa más su apostolado y lo que sublima la labor del Maestro.

El Maestro nunca debe aspirar al reconocimiento, ni al oficial ni tan siquiera a aquel otro al que somos más sensibles, el de aquellos que se formaron a nuestro lado. Nadie vuelve la cabeza hacia atrás, la vida sólo tiene dirección y sentido únicos; seguir adelante con la antorcha que se puso en nuestras manos, sin dirigir nuestra mirada a aquellos que nos precedieron y de los que somos continuadores. Estos hombres que nos suceden también sentirán, en su día, esta dura ley del olvido de las generaciones que a su vez formarán y que con paso firme y a veces atropellado seguirán invariables la línea recta de la meta hacia el progreso.

VII. CADUCIDAD DE LOS LIBROS DE MEDICINA; PERENNIDAD DE LA ESCUELA

Una escuela es un vivero; el Maestro es el arborista. Con sus manos plantó los esquejes, que luego serán árboles y al final, como todo lo terrenal, madera y ceniza.

La obra esencial del Maestro consiste en la enseñanza directa de sus discípulos; la otra es la del escritor. Tengo por seguro que es más eficaz la primera que la segunda.

Del libro y del artículo publicado en nuestras revistas médicas, poco quedará. Su vida es efímera como la del insecto.

Todo lo que escribimos los médicos es actualidad, no permanencia. Ésta

es otra de nuestras miserias. Nuestras obras, cuando salen a la luz, ya han sido superadas. Porque la obra científica no tiene en sí misma ni principio ni fin. El punto de partida se apoya en lo ampliamente conocido y el final son los puntos suspensivos.

Cuántas veces me han inspirado celosía las creaciones literarias; las científicas, aun las mejores, no reflejan ni siquiera una época, a lo sumo el momento en que fueron escritas.

La obra literaria, incluso muchas que en su día pasaron inadvertidas, luego se valoran y descubren en ellas esencias que aseguran su permanencia. La obra literaria tantas veces escrita en un momento de inspiración y en estado de gracia, será leída por las generaciones futuras. La obra médica escrita con tesón reflexivo, sopesando las palabras, consultando textos, elaborada con la insistencia con que el verme carcome la madera, ésta envejece pronto y se olvida o arrincona en la segunda línea de los anaqueles de las bibliotecas, tapada por los nuevos libros crujientes de juventud cuando los abrimos por vez primera.

La obra médica escrita es pasajera; es la humana, aquella en la que el Maestro ha puesto el afán de cada día, la más duradera y a su vez origen y estímulo de las generaciones futuras. El quehacer científico es una cadena, de la que cada promoción es sólo un eslabón.

De la caducidad de las páginas escritas sólo se salvan, a veces, las más breves. Los grandes tratados, los libros de texto, viven tanto menos cuanto más grandes son. Estas obras son como las herramientas del artesano; pero las de éste duran más. Los libros de información son imprescindibles, pero su mérito acaba aquí; escribir un tratado de medicina es una variedad de periodismo médico utilísimo, pero que no supone por ella misma un progreso.

En cambio, en las breves páginas de un artículo de revista puede quedar constancia de un adelanto, de un síntoma nuevo, que dará a la posteridad el nombre del autor; así ocurrió con el signo de BABINSKY, con la lipodistrofia de BARRAQUER, reseñada en sólo dos páginas de una revista de neurología.

En una ocasión el profesor Jaime PEYRÍ me comunicó que había planeado escribir la pequeña historia de la Facultad de Medicina de Barcelona desde su reapertura en 1844 hasta el presente. "Pues hágalo pronto, don Jaime—le respondí—, porque esto quedará, mientras caerán en el olvido sus lecciones de Dermatología." Se limitó a escribir las "Memorias de un estudiante ochocentista", tan breves como enjundiosas, pero que se leerán siempre con agrado y quedarán como un documento inmarcesible.

VIII. CAMINO ADELANTE. LA NUEVA ETAPA.

Dejamos tras de nosotros un pasado que reflejó nuestra manera de vivir y nuestras convicciones. Un mundo nuevo se abre ante nuestros ojos. Hoy se habla de Revolución cultural, como unos siglos antes de la rural y más inmediata la industrial. Estas transformaciones socioeconómicas se pro-

ducen periódicamente y van cambiando la faz del mundo, de las costumbres y de la psicología de las colectividades.

La Revolución industrial, iniciada en la segunda mitad del siglo XVIII, significó el descenso de la economía y la declinación del poder rural, con sus últimos vestigios de feudalismo.

La masificación de la cultura a que se tiende hoy día transformará hasta los cimientos las estructuras de la sociedad actual.

La de hoy es una época de tránsito; lo que alumbró nuestra adolescencia deja el paso a otra luz que descubre nuevas perspectivas y cambia la manera de pensar de la generación actual.

Lo que estamos presenciando no es una evolución, que es una forma mesurada del progreso, sino una revolución, que es una explosión ciega y violenta, como lo es un fenómeno cósmico. Una evolución es regular, previsible y pacífica, una revolución es agresiva y no las hay sin que se produzcan víctimas.

El camino de la juventud conducía al campo hace unos siglos, más tarde fue la fábrica, hoy es la Universidad; las masas de adolescentes, dada su cuantía, ya no pueden pasar por el estrecho marco de sus puertas, hallan las aulas insuficientes, y arcaicas las estructuras de los centros de enseñanza, y de todo ello surge un clamor de protesta vago y confuso, ante el cual uno debe preguntarse acerca la génesis del fenómeno y lo que se pretende.

Imposible imponer orden en esta multitud agitada por la violencia; y lo que debería ser un movimiento y una formulación de principio de unas masas conscientes, se convierte en una agitación ciega en donde es difícil orientarse acerca de lo que realmente se pretende.

De este clamor sólo se recoge una formulación concreta: la Universidad es hoy día insuficiente para alcanzar su alto cometido y acunar debidamente a la masa que ingresa en ella.

En todos estos movimientos colectivos hay también un estado de inconsciencia difusa. Si preguntamos a unos de estos frenéticos qué es lo que pretende, nos responderán cosas muy dispares unos de otros; no hay unanimidad de criterio, sólo la hay de protesta. No se oye una voz, sino gritos; no se razona, se vocifera; pero el gobernante advertido debe saber interpretar y encauzar este movimiento de protesta, lo que no es nada fácil.

Hace unos pocos meses, en uno de los más altos luminares de la cultura europea, se concentró una multitud para protestar contra lo humano y lo divino.

En una de las cunas más antiguas del teatro francés otra multitud se aupó en el escenario y paradójicamente esta legión de innovadores nos ofreció una representación del más puro estilo de los comités revolucionarios de finales del siglo XVIII. Los que querían una sociedad nueva, no supieron renovarse, sino que adoptaron en el atuendo, en los modos y en la oratoria, todos los dictionarios revolucionarios del más viejo estilo. Las revoluciones son siempre iguales a ellas mismas, como lo es una tempestad o un río que sale de madre.

Pero en medio de la arcaica teatralidad de la revolución hay que saber

comprender que ocurren cosas importantes y que ello es signo de una convulsión que pretende imponer una distinta visión del mundo y buscar otros senderos.

No pretendemos buscar una ideología definida en una revolución; ésta es siempre caótica y difícil de encerrar en una fórmula concreta. Hasta que las aguas vuelvan a su cauce no descubriremos las orillas, ni el verdadero curso de la corriente, eso es, la intención que anima a estas masas.

En la revolución cultural de nuestros días no todo es trigo limpio, como ocurre siempre en estas sacudidas; en las luchas callejeras, en las barricadas del pasado siglo era habitual colocar un letrero con la advertencia "pena de muerte al ladrón"; nuestra época tampoco escapa a la integración de logreros, de aviesa intención, que pretenden abusar de los incautos.

No hay mejor compañía que la del idealista y del hombre de limpia intención, casi siempre algo ingenuo, para que, escudándose en él, se pretendan lograr otros propósitos.

Convenientemente apartada la mala semilla del trigo limpio, hay que aceptar y encauzar los movimientos de renovación que estamos presenciando.

IX. CON RAPIDEZ, PERO SIN PRECIPITACIÓN

Hay que actuar con rapidez, pero sin precipitación. Por un lado la presión del estudiantado actual y la previsión de que se incorporen importantes núcleos de clase trabajadora, se suman para evidenciar la insuficiencia de los centros de enseñanza en sus diversas categorías.

Se debe considerar el problema de la incapacidad física y estructural de las universidades y arbitrar soluciones rápidas. Pese al buen deseo de los gobernantes ello no es posible llevarlo a buen término con celeridad. Existen enseñanzas y Facultades posibles de poner en marcha en breve tiempo; las Facultades de Derecho, de Historia, de Filosofía, pueden casi improvisarse cuando se cuenta con un profesorado idóneo; en estas materias de enseñanza el maestro lo es todo.

En cambio, las Ciencias experimentales, y en especial la Facultad de Medicina, desafían toda improvisación; aparte los laboratorios, requieren un personal y utillaje cuantioso, complejo y en constante renovación.

Circunscribiéndonos a las Facultades de Medicina, éstas no pueden crearse con un simple decreto; y, sin embargo, esto parece que se pretende hacer. Todos sabemos lo costoso que es construir un hospital clínico dedicado a la enseñanza; un nosocomio de 800 camas cuesta más de mil millones de pesetas.

Al margen del factor económico, existe el problema de mayor importancia, que es el del profesorado; me parece una equivocación crasa que se designe sin más trámite a un determinado hospital como Facultad de Medicina. ¿Qué milagro o qué desatino es éste? Los que sabemos lo difícil que es lograr un buen profesorado, a pesar del riguroso control de las oposiciones — pese a los defectos del método — no podemos salir de nues-

tro asombro al contemplar cómo se transforma de la noche a la mañana a un hospital en una Facultad, con todo y reconocer la calidad de algunos elementos que la integran.

Creo debe procederse con cautela, a través de un plan decenal en el que progresivamente se aprovechen las posibilidades para la enseñanza de los facultativos mejor preparados y que ya han dictado cursos de su especialidad desde mucho antes. En el momento actual el legislador debería limitarse a crear escuelas de Medicina en los hospitales en los que existan elementos idóneos para llevar a cabo la misión concreta de enseñar una determinada especialidad; ello es muy distinto a improvisar una nueva Facultad de Medicina.

Es sabido las dificultades que experimentan algunas de las recién nombradas Facultades de Medicina al querer habilitar un conjunto de médicos prácticos —a veces excelentes— en profesores, sin otras pruebas, así indiscriminadamente. Algunas de estas llamadas Facultades, van buscando afanosamente, en las primigenias Facultades de Medicina, los catedráticos que quieran desplazarse, para encargarse de las enseñanzas básicas, como la Anatomía, Fisiología, Química biológica, Bacteriología, Anatomía Patológica, entre otras asignaturas.

Una Facultad de Medicina, ya lo hemos dicho, no puede crearse por decreto. Téngase presente que a pesar de las pruebas selectivas a que se han sometido los catedráticos españoles, es difícil formar un claustro en que todos sus componentes demuestren la preparación deseada. Repito que hay que proceder con tino y otorgar títulos de docente solamente a aquellos que por su historial y actividades lectivas sean merecedores. Ello es muy distinto a que se tittle Facultad y se otorgue sin más el nombramiento de profesor a los componentes de una institución médica; a menos que con ello se pretenda dar una sensación de logro de lo que es una improvisación y con ello acallar a las masas vociferantes, lo que es problemático que se consiga.

El momento actual es grave; no se trata puramente de algaradas; el que ello creyera se equivocaría como Luis XVI, que, a los primeros chispazos de rebeldía que estalló al final de su reinado, preguntó a uno de sus ministros: “¿Qué se pretende con este motín?” “No, sire —le respondió—, es mucho más que un motín, es una revolución”.

Se puede gobernar a un pueblo, no a una revolución. Ésta, por otra parte, termina a veces con una reacción contraria a sus propósitos: tras del Termidor surge el Gran Corso.

Con ello no quiero significar que se pretenda arreglar la situación presente ni con concesiones desmesuradas, ni apelando exclusivamente al método autoritario —lo que puede ser recomendable en un momento determinado—, sino compartiendo la autoridad con los mismos estudiantes, obligándoles a participar en las responsabilidades académicas.

Debe establecerse la autonomía universitaria, y a través de la misma el estudiante se educará en el cumplimiento de la autoridad y terminará aprendiendo una lección de moderación, como ha escrito MILLET; este mismo autor recuerda la afirmación de CAMBÓ, de que no hay lección de

humildad tan eficaz como la que se aprende con el ejercicio de la autoridad.

Pero a la vez esta autoridad delegada debe ser debidamente controlada; no hay que olvidar que la edad universitaria es una fase intermedia, muy lejos de la madurez que exige cualquier cargo directivo. En la etapa universitaria, hay que aprender a la vez que la autoridad, la virtud de la obediencia; no es recomendable entregar el mando a quien antes no supo obedecer. La época de aprender una profesión requiere concentración en el estudio y subordinación; la edad del mando dirigente llegará más tarde.

Hay que procurar no perturbar con reivindicaciones más o menos justas la época formativa del estudiante, porque la merma que se infiere a su riqueza cultural puede ser irreparable.

Toda civilización acuna y prepara, sin saberlo, un cambio de sus estructuras, ya sea progresivamente o de una manera rápida y violenta; eso es, una revolución que no pocas veces se revuelve airada contra aquellas instituciones que le dieron el ser.

* * *

Los regímenes políticos y las grandes culturas, aparte de su bondad, experimentan lo que en metalurgia se llama "la fatiga del metal". Ello lo intuyen los políticos sagaces, que, como TALLEYRAND, acaban por traicionar todos los regímenes que han servido, cuando llega el momento oportuno, el llamado tiempo de cambio.

Nuestra Universidad y nuestra misma profesión están en crisis y experimentan, tras una larga etapa prodrómica, el tiempo de cambio que estamos presenciando.

X. FUTURO DEL EJERCICIO DE LA MEDICINA

Detrás de nosotros va quedando la medicina liberal que conocíamos. Es inútil el comentario elegíaco de la época pasada, la de nuestras luchas e ilusiones; las épocas, como los hombres, tienen su vida limitada. Aquello que tanto amamos y cuyo recuerdo nos produce un sentimiento de nostalgia ha cambiado por la fuerza misma de los hechos.

Nuestro tiempo es ya un eco más que una realidad; las estructuras sociales, el sentido estético, el arte y tantas cosas que van desapareciendo, explican que nos invada un sentimiento de soledad; nos vamos quedando solos.

Eso ha sido siempre así, pero en la época actual existen motivos más poderosos, que proporcionan una vida más corta a los tiempos en que vivimos. Casi diríamos, con ser tan breve nuestra existencia, que las épocas duran menos que nosotros mismos, pues nos es dable asistir a su desaparición.

Ello ocurre como consecuencia de la rapidez con que se producen los avances técnicos y descubrimientos, logrados en muy pocos años.

Limitándonos al campo de la Medicina, comprobamos la distancia que nos separa de lo que fue la profesión en nuestros primeros años. Aquella medicina más simbólica que efectiva ha sido sustituida por una ciencia positiva; en contraste con estos avances, la estima en que se tenía al médico ha declinado. Hoy el prestigio lo tiene la Medicina y no el médico.

El profesional que trabajaba en la intimidad de su consultorio ha sido ampliamente superado.

No se concibe apenas el médico que ejerce solo, sin integrarse en un equipo con otros colegas; esto no es una moda, ni un cerrado círculo de intereses, sino una necesidad irrecusable.

Es la fuerza de las nuevas adquisiciones técnicas y nuevas modalidades de diagnóstico lo que nos obliga a vivir y trabajar de esta manera.

El médico solo ante el paciente, no pocas veces se siente incómodo, por la incapacidad de formular un diagnóstico; le es necesario el criterio de otro colega especializado y la intervención de biólogos, de radiólogos. Esta colaboración es posible hallarla a veces desde el consultorio, sin gran trabajo ni largos desplazamientos.

En otras circunstancias, cuando no es previsible la cantidad de ayudas y colaboraciones necesarias, no queda otra solución que solicitar el ingreso en un centro médico. El paciente puede resolver sus pequeñas dolencias y conflictos de salud sin moverse de su domicilio; pero ante cuadros de complejidad diagnóstica y que exigen terapéuticas especiales y de vigilancia constante, debe ingresar en una institución médica; ante ciertas dificultades, ningún médico, por más preparado que esté, puede resistir a desprenderse de su cliente.

La labor médica es, con frecuencia, subsidiaria de un cuidado colectivo que el médico de consulta o de familia no puede llevar a cabo.

Pero esta discriminación entre el enfermo domiciliario y el que debe ingresar a la Clínica, queda al juicio del médico de cabecera, que es en la hora actual, y seguirá siendo, el mentor y ordenador inteligente del que no puede prescindir familia alguna.

XI. NECESIDAD DE LA PERMANENCIA DEL MÉDICO DE FAMILIA

Hemos esbozado la necesidad de cuidar a ciertos pacientes en régimen de internado. Es evidente que la necesidad de centros médicos y el trabajo en equipo están ampliamente justificados; ello es obvio y por ello no merece más comentario.

Pero no de manera sistemática; conviene deslindar los campos y aceptar que no deben ser hospitalizados más que los afectos de graves procesos o que sufran dolencias de diagnóstico complejo, imposibles de resolver sin el concurso de otros colegas.

A todo ello hay que oponer la figura del médico consultor y la del médico de familia. Ni es conveniente su desaparición, ni creo que se produzca, dado que su enorme utilidad asegura la permanencia.

El diálogo tradicional del médico con el enfermo es aún la base esencial

de nuestra profesión. La anamnesis sigue siendo, a mi entender, la pieza fundamental del arte clínico. Cuando el diálogo con el paciente ha terminado, y el médico no está orientado, no siempre aclaran la situación las exploraciones complementarias.

Un cliente que acude a la consulta cargado de análisis y radiografías, es a veces testimonio de un defecto de origen; éste consiste, con frecuencia, en la precipitación con que se piden estos datos complementarios cuando el enfermo no ha sido interrogado larga y reiteradamente.

Hay que dejar sentado que la mayoría de pacientes pueden ser diagnosticados y correctamente tratados en el consultorio del médico.

Si los enfermos que acuden a nuestro despacho se dirigieran directamente a una gran institución hospitalaria, perderían, la mayoría de veces, tiempo y dinero; si los pacientes con molestias triviales tuvieran que someterse a eso que se conoce con el americanismo de "chequeo", hallarían en ello más inconvenientes que ventajas.

Entre varias decenas de enfermos, hallamos uno que no podemos diagnosticar; a éste hay que orientarle debidamente y tampoco es seguro que con tal determinación se aclaren las cosas.

Hay diagnósticos que sólo la evolución y el tiempo los hace posibles.

Tras este breve comentario debo reiterar que el papel del sufrido médico de familia es trascendente, cuando recae en un profesional honesto y preparado, aun en estos tiempos de prodigiosos avances, de equipos de especialistas y de construcción de instituciones médicas, grandes como catedrales.

Aún queda mucha medicina en esta época de copiosas concentraciones de profesionales que un solo médico puede resolver; una buena pintura suele lograrse con una paleta de colores y un caballete; así también en nuestra profesión pueden obtenerse buenos diagnósticos con métodos muy sencillos, con la simple ayuda y orientación de los cinco sentidos.

* * *

Al final de esta disertación me excuso de las divagaciones en que he incurrido y que he rozado múltiples temas sin ahondar en ninguno. Ello no es más que la deformación que produce mi dedicación a la Medicina interna; otear amplios panoramas, horizontes vastos y un andar precipitado, que invita a sentarse breves momentos en el lindero del camino a contemplar el paisaje, a reposar la imaginación y a trazar un comentario.

Esta misma precipitación explica mi dificultad al inmovilismo; una fuerza de inercia me impulsa a seguir por la senda que inicié hace cincuenta años.

Nuevas generaciones buscan con afán a los maestros. Éstos no deben desoír su llamada; donde quiera que estemos y nos siga un discípulo, allí debe estar nuestra presencia, que es nuestra razón de ser.

Una ciencia es una religión; como en ésta, aquélla también pide fe y sacrificio. Sea donde sea, yo quiero, yo debo seguir enseñando, que el oficiar la Santa Misa tiene igual elevación y grandeza, en la humilde capilla de una aldea que bajo las altas bóvedas de la cúpula de San Pedro.

Señores Académicos:

Por varios motivos me parece memorable el acto de esta tarde; sucesivamente irán apareciendo en el transcurso de mis palabras. Pero si yo hubiese de elegir uno entre todos ellos, tal vez me quedase con éste: el sobrio, elegante señorío con que un verdadero maestro de la medicina española ha sabido reflexionar aquí acerca de su vida y su experiencia. Mezclando sociología de ocasión y una chispa de autoironía, más de una vez he dicho que en nuestro mundo—en la sociedad occidental de esta segunda mitad del siglo xx—ya no hay viejos y jóvenes, sino jóvenes y enfermos. Piense cada cual en qué medida y con qué ritmo es él una y otra cosa. Admitida, sin embargo, tan arriscada sentencia, habrá que añadir que en la capacidad para iniciar con buen ánimo una vida nueva—tal es, a mi modo de ver, la quinta esencia de la juventud—hay dos modos muy distintos entre sí: el de quienes por su edad cronológica pueden hacerlo sin carga sobre su espalda, y el de los que en tal trance deben llevar consigo el peso dulce o amargo, glorioso o irrisorio, de todo lo que ellos han sido en las etapas anteriores de su vida. Aquéllos son los poseedores de la verdadera juventud; estos otros, los titulares de esa *secunda iuventus* o juventud residual a que solemos dar el melancólico nombre de “madurez”.

Tal es el caso de nuestro nuevo compañero. “La ceremonia de hoy cierra para mí un final de etapa y abre el comienzo de otra”, nos ha dicho. Y luego: “El final de una etapa no significa el de una obra, sino nueva apertura a realizaciones ulteriores”. ¿Cuáles van a ser éstas? Con su no interrumpida actividad diaria, él mismo nos lo irá diciendo. Yo debo limitarme a subrayar que el maestro Agustín PEDRO-PONS, en la cumbre de su rica, fructificada madurez, cierra una etapa de su vida contemplando con perspicaz elegancia crítica lo que hasta ahora él ha hecho y sintiendo que en los senos de su alma todavía resuena, vivaz y contenido, el verso inmortal de Rubén que todos los hombres capaces de futuro podrían hacer suyo: “¡Mas es mía el alba de oro!”

Lo que hasta ahora ha sido y ha hecho Agustín PEDRO-PONS—don Agustín, como diría uno de sus innumerables discípulos—debe ser descrito bajo tres epígrafes, correspondientes a las tres actividades cardinales de su vida médica: el maestro, el clínico y el investigador.

Conviene repetirlo una vez más: profesor es el que, mal o bien, enseña una determinada asignatura; maestro, el que sabe suscitar, entre quienes le oyen, la vocación por aquello que él enseña. En 1927, no cumplidos aún los treinta años, don Agustín PEDRO-PONS comenzó a ser profesor de Patología Médica en la Facultad de Medicina de Barcelona; poco tiempo

después era ya, en la más plena acepción de la palabra, maestro de esa oceánica disciplina. Así lo acreditan, muy en primer término, los nombres de los profesores universitarios que de un modo u otro han sido discípulos suyos: SORIANO, GIBERT QUERALTÓ, FARRERAS, BALCELLS, ROZMAN, PIULACHS, SARRÓ, PIÑOL, PUMAROLA. El hecho de haber promovido este notabilísimo elenco lejos de las posibilidades políticas y administrativas que concede la residencia en Madrid, ¿no constituye por sí solo toda una ejecutoria de gran maestro? Póngase junto a esos hombres la copiosísima serie de los que en Barcelona y en Cataluña entera cultivan con relieve la medicina interna o alguna de sus ramas; añádase a esa doble lista la legión innominada de los que en toda el área de nuestro idioma han recibido la enseñanza de su revista *Medicina clínica* y del espléndido *Tratado de Patología y Clínica Médica* por él dirigidos; y después de tan abrumador cómputo, esta conclusión surgirá irrefutable: a lo largo de sus cuarenta y un años de vida docente, el profesor PEDRO-PONS ha llegado a ser, además de catedrático ejemplar de Patología Médica, uno de los más importantes maestros de la medicina española de todos los tiempos.

Como siempre que en una u otra medida ocurre esto, cuatro realidades distintas han tenido que ponerse en juego: la vocación, el talento, el saber y la dedicación. Sin vocación por lo que hace, nadie podría suscitarla en los demás. Sin la posesión de talentos y saberes específicos—en este caso, el talento y el saber del expositor en el aula y en la policlínica y del lector asiduo de monografías y revistas—, la vocación quedaría en ser pura veleidad o pretensión penosamente fracasada. Sin una esforzada dedicación cotidiana a los discípulos, la suma de la vocación, el talento y el saber no pasarían de engendrar ese muñón de maestro, cínico en unos casos y amargado en otros, que por desdicha más de una vez se ha dado entre nosotros.

Uniendo en su persona la vocación, el talento, el saber y la dedicación, el magisterio de PEDRO-PONS ha regido señorialmente una etapa importante de la medicina catalana y se dispone a enriquecerla con nuevos frutos. Sus más distraídos discípulos recordarán siempre la exactitud con que imitaba en la cátedra la marcha desangelada del parkinsoniano. Otros, menos distraídos, conservarán memoria indeleble de la clara y bien ordenada brillantez latina de sus lecciones sobre la desintegración cerebral senil, la anemia perniciosa, el síndrome urémico o la espondil artritis anquilopoyética. Los que se decidieron a seguir más de cerca su enseñanza, sus internos y colaboradores más próximos, ponderarán con admiración y agradecimiento la amplitud y la precisión de su saber, la irónica sencillez con que siempre ha sabido confesar sus ocasionales errores—porque sólo llega a ser verdadero maestro quien es capaz de enseñar saberes e ignorancias, logros y fracasos—y la generosa atención que en todo momento ha prestado al mester o a la curiosidad de cualquiera de ellos; en tal forma—copio literalmente un testimonio inédito—“que el interesado cree de pronto que su persona y su asunto eran lo único que contaba en la vida de don Agustín”. Y todos, los distraídos, los atentos y los iniciados, ensalzarán unánimemente el enorme talento clínico del hombre que en el aula, la policlí-

nica y el hospital año tras año les ha mostrado ante el enfermo las sendas intrincadas e innumerables de la medicina interna.

Porque además de ser un gran maestro, casi resulta perogrullesco el afirmarlo, nuestro nuevo compañero es un extraordinario clínico. En cierto sentido— como de su coetáneo y homólogo Carlos JIMÉNEZ DÍAZ decía yo hace pocos meses—, un fin de raza, uno de esos médicos que por sí solos saben resolver con seguridad y acierto los más diversos problemas diagnósticos, tengan éstos su sede en el hígado, en la sangre, en el miocardio o en el cerebro. La medicina de mañana, ¿permitirá la prosecución de la estirpe gloriosa que jalonan los nombres de TROUSSEAU, DIEULAFOY y WIDAL en Francia; NOTHNAGEL, VON LEYDEN y KREHL en el mundo germánico; WILKS, OSLER y CLIFFORD ALLBUTT en los países anglosajones; MARAÑÓN y JIMÉNEZ DÍAZ en España? Tal vez no. Pero cualquiera que sea la situación del clínico general en la medicina del futuro, a esa estirpe pertenece con pleno derecho el gran internista que hoy ingresa en nuestra Academia.

Dejad que lo haga patente narrando un suceso a la vez insigne y minúsculo. Hace varios años, uno de los españoles más eminentes de nuestro siglo, persona por igual señera en la medicina y en las letras, sufrió un accidente cerebral. Las opiniones diagnósticas se hallaban muy divididas. Camino de Oviedo, donde había de dar una conferencia, nuestro compañero fue solicitado para ver al ilustre enfermo; y haciendo gala de su sagacidad clínica y su buen sentido— de su enorme *seny* de médico, si él me permite decirlo así—, puso orden en la discrepancia, estableció el diagnóstico correcto y evitó que el trépano dejase de ser para el paciente una amenazadora posibilidad. Ya en Barcelona, contaba el caso a dos de sus colaboradores más íntimos— por uno de éstos lo sé—, y muy catalanamente apostillaba su intervención y su juicio con estas palabras: “Esperemos que todo salga así. Si no, tendré que desaparecer como aquel que decía: «¿Queréis algo para Granollers?»”

Par del maestro y el clínico, el investigador, el hombre que ha sabido añadir algún saber original a los que él aprendió en los libros. No debo agobiaros leyéndoos los títulos de las monografías y los muy numerosos artículos científicos en que se ha expresado su labor personal y la de su escuela. Al final de estas páginas he hecho imprimir una selección de los más importantes. Me contestaré ahora indicando que el nombre de PEDRO-PONS va unido a investigaciones clínicas muy valiosas, relativas a casi todos los dominios de la medicina interna: la enfermedad de Banti, la fiebre de Malta, la cirrosis hepática, los síndromes neurohemáticos, los menorragias de la pubertad de índole trombopénica, los síndromes de la desintegración cerebral senil, los problemas de la endocarditis lenta, la linfogranulomatosis maligna, la fiebre exantemática mediterránea, la leptospirosis, el síndrome de Simmonds-Sheehan, las fiebres de diagnóstico difícil, las pericarditis idiopáticas, la nocardosis, la colagenosis, la hipertensión portal... Escribió VON EISELSBERG que la misión de los clínicos universitarios consiste en “curar, enseñar e investigar”. Mi breve apunte os dirá de qué sobresaliente modo ha

cumplido don Agustín PEDRO-PONS esa certera consigna del gran cirujano vienés.

No quedaría completa esta semblanza de nuestro nuevo compañero si junto a la obra del universitario y del clínico no apareciese una rápida alusión al hombre que así ha sabido curar, enseñar e investigar. ¿Puede acaso ser importante como médico quien como hombre no lo sea? Una exquisita afición a la música y al teatro, una bibliofilia de la mejor ley — el benemérito Porter y los *bouquinistes* de la ribera del Sena podrían hablar de ella — y un gusto por la pintura en el que se funden armoniosamente el *connoisseur* y el coleccionista, proclaman con fehaciente elocuencia la calidad espiritual de un médico que muy bien podría decir de sí mismo, depurando estéticamente la tan sabida sentencia del cómico latino: *Nihil pulchri a me alienum puto*, nada de lo bello puede serme ajeno.

Quien con tan autorizada originalidad hubiese podido exponer aquí cualquiera de los problemas de la medicina interna a que ha consagrado su personal atención, ha querido regalarnos hoy con otro de los ejercicios en que mejor se revela el verdadero maestro; porque de maestro muy verdadero es el gesto de emplear la luz del otoño para reflexionar en voz alta acerca de la propia experiencia y la propia vida. “Esto he querido ser, esto he sido y he visto”, nos dice en tal sazón el memorioso de sí mismo; y cuando uno ha querido ser y ha sido explorador y enseñante, su recuerdo se convierte, aunque él no lo pretenda, en valiosa lección universal.

A cinco puntos principales ha consagrado nuestro compañero su lúcida reflexión memorativa: el drama íntimo del hombre de ciencia, la constitución de una Escuela científica, la actual inquietud estudiantil, la reforma universitaria y el futuro de la medicina. Trataré de glosarlos brevemente.

El drama del hombre de ciencia, nos ha dicho PEDRO-PONS, consiste en su deber de estar al día. Gran verdad, que nuestro siglo ha puesto en abrumadora evidencia. ¿Por qué es así? ¿Por el esfuerzo que exige la adición de nuevos saberes a los que ya se poseían? No; esto sería simple trabajo, no drama. El drama surge cuando la masa de esos nuevos saberes resulta, por su volumen, personalmente inabarcable, y — sobre todo — cuando la novedad de ellos es tan radical que nos obliga a arrojar por la borda o a revisar muy a fondo muchos de los que cuando jóvenes nos parecían intocables y nos hicieron ser lo que somos. Por renovarse, a la serpiente le basta con cambiar de piel; para estar al día en nuestro siglo, el hombre de ciencia debe cambiar de piel y de entrañas, y esto, que al fin acaba dando gozo y juventud, no puede lograrse sin cierto sacrificio personal, sin una reiterada ejecución de metódicos suicidios parciales. UNAMUNO y Antonio MACHADO nos enseñaron cuál es la palabra que mejor expresa el talante del hombre que en su avanzada madurez sigue siendo capaz de vivir en el nivel del tiempo; es el adverbio “todavía”. Aunque sus labios no la hayan pronunciado expresamente, ¿no la habéis percibido, a modo de secreto aleteo interior, en el discurso de nuestro más reciente compañero? Como clínico universitario, como médico que necesita estar al día en la ciencia que da fundamento intelectual a sus técnicas diagnósticas y terapéuticas, PEDRO-PONS contempla su pasado desde su presente, mira su presente

desde su pasado, sabe hacer suyo lo que el presente de todos tiene de más actual y, a su personal manera, nos da la incitadora lección de pronunciar como palabra viva el hermoso término en que tiene su clave la madurez del hombre: "Todavía".

El imperativo de estar al día se hace más arduo cuando el médico que a la vez es hombre de ciencia se ha constituido, porque así lo pedían de consumo su vocación, su situación y su talento, en jefe de una Escuela.

No es sólo el alud de los nuevos saberes lo que en tal caso obliga a conservar la forma; es también, con ese caliente plus de violencia que la vida añade siempre a la idea, la múltiple y en ocasiones mal conciliable urgencia de un puñado de hombres que con sus diferentes edades, mentalidades e intereses tratan de afirmarse a sí mismos como médicos y como personas; urgencia que el jefe de la Escuela debe a veces alentar y a veces moderar, sabiendo muy bien que cualquier día uno de sus discípulos dará cauce a un descontento ocasional tomando el brazo de otro de ellos y diciéndole en voz baja: "Oye, ¿sabes que el patrón ya está viejo?" No, no es cosa fácil ser jefe de una Escuela durante treinta o cuarenta años consecutivos. Por lo que yo he oído a sus mejores discípulos, comenzando por el inolvidable Pedro FARRERAS, don Agustín PEDRO-PONS ha sabido serlo de manera ejemplar. Pero hoy no es necesario ese testimonio, porque en nuestros oídos están todavía las luminosas palabras que él mismo ha consagrado al tema. Vocación de maestro, personalidad idónea, poder de captación, generosidad; he aquí, según PEDRO-PONS, las cuatro principales condiciones del que aspire a constituir una Escuela científica. Buen tema de lectura y meditación, este discurso suyo, para todos cuantos en el futuro quieran que su cátedra o su servicio hospitalario sean lo que siempre debieran ser, lo que entre nosotros tan pocas veces son.

Un hombre que como maestro, como médico y como simple persona tan alertada y eficazmente sabe estar al día, ¿podía eludir el tema de la inquietud estudiantil? Y situado frente a él, ¿podía tratarlo sin esa bien equilibrada mezcla de serenidad y comprensión que es el signo de su personal madurez? El *seny* — otra vez el insustituible vocablo catalán —, el refinado *seny* que ha presidido todas las actividades de su vida, ¿podía faltarle ante este perturbador suceso histórico? "Si preguntamos uno a uno a estos frenéticos qué es lo que pretenden — dice PEDRO-PONS —, nos responderán cosas muy dispares; no hay unanimidad de criterio, sólo la hay de protesta. No se oye una voz, sino gritos; no se razona, se vocifera." Estas palabras, ¿de quién son? ¿De un conspicuo representante del orden viejo al que irrita la encrespada impaciencia de los jóvenes? No. PEDRO-PONS sabe muy bien que este tiempo pide una reforma rápida de nuestra vida histórica — "la luz que alumbró nuestra adolescencia deja paso a otra luz que descubre nuevas perspectivas", nos dice —, y comprende la grave razón que late, torpemente expresada, a veces, en el fondo del grito y de la ocasional violencia. Como universitarios, nuestros jóvenes estudiantes quieren una Universidad mejor que la actual: más eficaz y viva, más abierta al presente y al futuro, más a la altura de su triple misión didáctica, científica y social. Como ya próximos protagonistas de la vida pública, esos jóvenes exigen una

sociedad en la que de manera tan inédita como vigorosa se aúnen el progreso técnico, la justicia social y la libertad. Quiero repetir aquí palabras que hace poco he escrito: "En Francia, la Alemania Federal, Norteamérica e Italia, países donde, todo lo mediatizada que se quiera, existe una amplia libertad, los estudiantes no tratan de negarla con una ideología política totalitaria; al revés, aspiran a depurarla y potenciarla fundándola sobre una más auténtica democratización de las estructuras políticas y económicas de la sociedad... En Varsovia y en Praga, ciudades donde la socialización, todo lo defectuosa que se quiera, es un hecho, los estudiantes no tratan de borrarla, no añoran el viejo liberalismo económico; pero quieren hacerla compatible con una auténtica libertad intelectual y política. Un hegeliano diría que en los jóvenes de esta segunda mitad del siglo xx se está fraguando la síntesis histórica de la tesis que fue la Revolución Francesa (libertad, igualdad, fraternidad) y la antítesis que en su fase inicial ha sido la Revolución Soviética (socialización sin libertad)". Bajo lo que en esta ingente aspiración haya de utopía, tal parece ser el sentido de la historia universal en la segunda mitad del siglo xx. Y si no me falla mi olfato de lector, esto es también lo que piensa nuestro compañero, cuando una y otra vez afirma que los gobernantes deben aceptar, interpretar y encauzar este movimiento de protesta y renovación a que estamos asistiendo. Porque, como él agudamente nos dice, todos los regímenes políticos e incluso todas las culturas llegan un día a experimentar, por grande que pueda haber sido su inicial bondad, eso que los metalurgistas llaman la "fatiga del metal".

¿Cómo esta doble exigencia juvenil, la universitaria y la político-social, debe ser aceptada, interpretada y encauzada? En la respuesta de PEDRO PONS pueden ser distinguidos dos preceptos. Uno tocante al modo de la acción reformadora: "Hay que actuar con rapidez, pero sin precipitación". Otro relativo al contenido de esa acción: hay que reformar a fondo, pero procurando que no sufra daño la esencia de aquello que se trata de reformar. Más concisamente: frente a los graves defectos de nuestra sociedad y nuestra Universidad, hay que proceder con valentía, con prisa y con prudencia.

Dejemos de lado, puesto que tan ampliamente rebasan el cometido de una Academia de Medicina, los problemas tocantes a la reforma de nuestra sociedad. Como universitario, nuestro compañero ha querido limitarse a señalar algunos de los principios que deberían regir la necesaria transformación de nuestras Universidades. Trataré de recoger los principales: las Facultades de Medicina no pueden ser creadas por un simple decreto; al margen del factor económico existe otro problema de mayor importancia, el del profesorado; en la reforma debe procederse a lo largo de un plan decenal; en el momento actual, el legislador debería limitarse a crear Escuelas de Medicina en los hospitales en que existan elementos idóneos; en el gobierno de la Universidad, hay que compartir con los estudiantes la autoridad y la responsabilidad; debe establecerse la autonomía universitaria... A través de todas estas advertencias y consignas, ¿no está hablando el hombre que desea reformar sin que sufra quebranto la verdadera esencia de aquello que se reforma? ¿Y no es esa misma la actitud de su espíritu cuan-

do tan animosa como esclarecidamente reflexiona acerca del futuro de la medicina?

Dije al comienzo que el acto de esta tarde me parece memorable por más de un motivo. Confío en que varios de ellos, los tocantes a lo que nuestro compañero es, hayan ido apareciendo en el curso de mi sumaria exposición. Pero además de lo que el profesor PEDRO-PONS personalmente es, debo considerar, siquiera sea muy brevemente, lo que el profesor PEDRO-PONS hoy representa. En efecto: no contando a GIMBERNAT, CASTELLÓ, RECASENS, CARRERAS y CARDENAL, catalanes residentes en Madrid, con él viene por vez primera a formar parte de nuestra Academia un médico de Cataluña. Toda la medicina catalana y, por extensión, toda la fuerte, rica y delicada realidad de Cataluña están representadas aquí por la egregia persona de nuestro compañero. ¿Será esto el signo anunciador de un futuro en el que, tras tantas penosas vicisitudes, se cumpla al fin la gran esperanza del *Himne ibèric* de MARAGALL? La voz del más grande poeta vivo de Cataluña, Salvador ESPRIU, nos decía hace pocos años la canción que él había oído cantar al suave viento de su tierra:

*Diversos són els homes i diverses les parles,
i han convingut molts noms a un sol amor.*

*La terra, amb paranys de mil fines orelles,
ha captivat els ocells de les cançons de l'aire.*

*Sí, comprèn-la i fes-la teva, també,
des de les oliveres,*

l'alta i senzilla veritat de la presa veu del vent:

*"Diverses són les parles i diversos els homes,
i convindran molts noms a un sol amor."*

La canción, que comenzó hablando en pretérito, el tiempo de la memoria — "Son diversos los hombres y diversas las lenguas, y muchos hombres han convenido a un solo amor" —, termina hablando en futuro, el tiempo de la posibilidad y la esperanza: "Son diversas las lenguas y diversos los hombres, y convendrán muchos nombres a un solo amor". Han convenido, convendrán. ¿Será así? Los distintos pueblos de Iberia, ¿llegarán a entenderse un día según lo que todos ellos realmente son? De tan alto empeño quisiera yo que fuese prenda el ingreso del profesor PEDRO-PONS en la Real Academia Nacional de Medicina. Agustín PEDRO-PONS: un gran catalán, un gran maestro de la medicina española al que hoy tengo el grátísimo honor de dar la bienvenida en esta Casa.